

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2000

DERECHO Y CAMBIOS CULTURALES



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
2000

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 18
2000

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Adolfo Ibáñez, Austral de Chile, Católica del Norte, Católica de Valparaíso, Central de Chile, de Concepción, de Chile, de Los Andes, del Mar, Diego Portales, Finis Terrae, de la República y de Valparaíso.

Especial mención cabe hacer a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, "Edeval", se llevó a cabo la impresión de esta obra.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

I. S. B. N. - 0170 - 17881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2000

DERECHO Y CAMBIOS CULTURALES

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA

JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(1999 - 2001)

Antonio Bascuñán Rodríguez, Antonio Bascuñán Valdés,
Jorge Correa Sutil, Jesús Escandón Alomar, Pedro
Gandolfo Gandolfo, Fernando Quintana Bravo, Nelson
Reyes Soto, Agustín Squella Narducci y Aldo Valle
Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene
su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspon-
dencia puede ser dirigida a la casilla 211-V, Valparaíso.

PRESENTACION

Este número del Anuario de *Filosofía Jurídica y Social* corres-
ponde a 2000 y aparece a inicios del segundo semestre de 2001, año este
último en que la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social cum-
ple 20 años de existencia.

En efecto, nuestra Sociedad fue fundada el año 1981, en
Valparaíso, y celebrará su vigésimo aniversario en el mes de diciembre
de 2001, ocasión en la que contaremos con la presencia de Eugenio
Bulygin, Presidente de la Asociación Internacional de Filosofía del
Derecho y Filosofía Social, de la cual nuestra corporación es una de sus
secciones nacionales a lo largo del mundo.

Por lo dicho previamente, el número próximo del *Anuario de Fi-
losofía Jurídica y Social*, correspondiente a 2001, el cual esperamos en-
tregar en el primer semestre de 2002, será el número de aniversario de
la sociedad, esto es, aquel que dará cuenta de nuestros 20 años de exis-
tencia.

En cuanto al presente número del Anuario, en él, luego de la
habitual sección *Estudios*, se incluye una sección *Ponencias*. En esta sec-
ción se reproducen las ponencias que fueron presentadas en la IV Jor-
nada Chilena de Filosofía del Derecho, que fue organizada por nuestra
Sociedad y por la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. La
mencionada jornada fue convocada con el título "*El derecho en la pers-
pectiva de los cambios culturales*".

bajo intelectual era indisoluble de la conversación, es decir, de esa forma de encuentro por medio de la palabra en que las personas se perciben a sí mismas como iguales. Los más jóvenes, luego de conversar con él, y ser hechizados por la atención que él les prestaba, salían convencidos de que valía la pena ejercitarse en el oficio intelectual y de que la amistad era, también, una forma de enseñanza.

El año que recién pasó —y cuando quienes participamos del Sela volvimos, una vez más, a encontrarnos— nos sorprendió la noticia de su enfermedad inútil. Luego nos asaltó la noticia de su muerte. Debo confesar que, en mi caso al menos, esa noticia inesperada —y por lo inesperada, terrible— produjo la sensación de lo inacabado. Alguna vez discutimos severamente en público y no obstante que nuestro debate acabó cuando él guardó silencio, después tuve la sensación de que la razón había estado de su lado. Seguramente él, fiel a sus convicciones y a su capacidad de oír, prefirió que me diera cuenta por mí mismo. Frente a su muerte sólo puedo decir que es una lástima que personas como él tengan que morir.

REVISIONES

ALFREDO JOCELYN-HOLT: *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, Planeta/Ariel, 1998.

Para ponerlo en términos cinematográficos, un historiador suele valerse del primer plano, esto es, de esa imagen que nos muestra algo determinado que podemos identificar con máxima intensidad y precisión. Un ensayista, en cambio, acostumbra utilizar el plano general, o sea, una toma que incluye más de un elemento, y que, a la par que informa y descansa al espectador, deja a éste la tarea de decidir en cuál de los varios elementos que se le muestran debe fijar su atención.

Así las cosas, este nuevo libro de Alfredo Jocelyn-Holt se parece más al ensayo que a la crónica histórica en sentido estricto, lo cual le va a valer ciertamente un mayor número de lectores. Enhorabuena, cabría agregar, porque eso es lo que se merece un autor que ha dado ya varias muestras de practicar algunas virtudes del trabajo intelectual que no son muy comunes en nuestro medio: capacidad de observación, libertad de juicio, espontaneidad, sentido crítico, buen ojo para distinguir y mejor para relacionar, y utilización —en fin— de un lenguaje con aspiraciones de frescura y autenticidad, aunque para conseguirlas haya que sacrificar por momentos la corrección y el rigor.

Mención aparte merece el humor que, casi como una permanente música de fondo, y a veces no tan de fondo, recorre estas y otras páginas de Jocelyn-Holt. Un humor que a menudo se afila como ironía y que, según imagino, debe molestar un tanto a nuestros académicos cada vez que el volumen de su música sube demasiado de tono, sobre todo cuando a ella se suma la letra de viejos boleros que el autor se atreve a intercalar en medio de sus reflexiones y juicios sobre nuestra

historia más reciente. Si bien por momentos algo forzado, este recurso del autor a los boleros no es para nada casual, porque ya se sabe que ese género musical nos hace sentir felices cuando somos infelices, lo cual podría tener que ver con el tipo de ilusiones que nos produce a veces la historia patria.

Este libro tiende una mirada desde los adocenados años 50 a los acomodaticios 90, y el subtítulo que emplea su autor —“Del avanzar sin transar al transar sin parar”— refleja muy bien el contrapunto que es posible trazar entre el estado de ánimo predominante en el poder a fines de los 60 e inicios de los 70, por un lado, y el que prevalece en nuestra actual década, por el otro. En efecto, de un desprecio por los acuerdos hemos pasado a una sobrevaloración de éstos, lo cual significa, en términos de Paul Ricoer, que nos hemos desplazado desde una lógica del conflicto a cualquier precio a una del acuerdo a toda costa. Hemos confundido también los simples acuerdos con los grandes consensos, o, lo que resulta aun más engañoso, hemos hecho pasar constantemente por firmes y estables consensos los que no pasan de ser nuestros frágiles y transitorios acuerdos.

Si en este libro hay un evidente desengaño respecto de nuestro último medio siglo de historia, hay también una palpable complacencia con el tiempo anterior a ese período, o sea, con un mundo chileno tradicional ya desaparecido, pero que todavía estaría en condiciones de darnos algunas lecciones de señorío y ponderación. Uno se queda con la impresión, sin embargo, de que ese desengaño del autor con nuestro pasado más próximo es tan saludable y fundado como porfiada y escasamente basada resulta su complacencia con el pasado más remoto de la república. Del mismo modo, su confesión relativa a que escribe desde un lugar que no existe —el de una derecha pragmática, equilibrada, liberal, escéptica y no reaccionaria— resulta tan creíble para el lector como inverosímil parece también a éste que alguna vez hayamos tenido realmente en el país una derecha semejante.

Me queda también la impresión de que los finos y oportunos matices que Jocelyn-Holt introduce en su análisis de la Unidad Popular y de la persona de Salvador Allende, escasean, casi de un modo deliberado, en el examen que hace también de la Democracia Cristiana y de la figura de Frei Montalva. Palabras que se repiten una y otra vez en

el libro —tales como “resentimiento” y “revancha”— se me figuran no sólo injustas, sino escasamente explicativas de lo que significó la fundación de la Falange y su propuesta de un cambio en favor de una sociedad con menos desigualdades.

Pero volvamos al título de la obra. Si perplejo quiere decir confuso, el autor de este libro no tiene nada de perplejo. En cambio, si perplejo quiere decir alguien que pide o busca una explicación, el autor de este libro sí lo es, como lo es también todo historiador. Con un merecimiento adicional en el caso de Jocelyn-Holt, a saber, que comparte las conclusiones de su búsqueda de un modo políticamente incorrecto al que por cierto no estamos habituados: sin temor a ofender las convicciones o los prejuicios de los lectores, con desenfado, con osadía incluso, aunque también sin un asomo de esa insostenible mezcla de cinismo y sermón que suele estar presente en otros exámenes de las últimas décadas de nuestra historia.

Agustín Squella